

ECUADOR Debate

CONSEJO EDITORIAL

José Sánchez-Parga, Alberto Acosta, José Laso Ribadeneira, Simón Espinosa, Diego Cornejo Menacho, Manuel Chiriboga, Fredy Rivera, Jaime Borja Torres, Marco Romero.

DIRECTOR

Francisco Rhon Dávila
Director Ejecutivo CAAP

EDITOR

Juan Carlos Ribadeneira

ECUADOR DEBATE

Es una publicación periódica del Centro Andino de Acción Popular CAAP, que aparece tres veces al año. La información que se publica es canalizada por los miembros del Consejo Editorial. Las opiniones y comentarios expresados en nuestras páginas son de exclusiva responsabilidad de quien los suscribe y no, necesariamente, de ECUADOR DEBATE.

SUSCRIPCIONES

Valor anual, tres números:

EXTERIOR: US \$ 18

ECUADOR: S/. 5.200

EJEMPLAR SUELTO: EXTERIOR US \$ 6

EJEMPLAR SUELTO: ECUADOR S/. 1.800

ECUADOR DEBATE

Apartado Aéreo 17-15-00173-B Quito, Ecuador

Redacción: Diego Martín de Utreras 733 y Selva Alegre, Quito.

Se autoriza la reproducción total y parcial de nuestra información, siempre y cuando se cite expresamente como fuente a ECUADOR DEBATE.



ECUADOR DEBATE

Quito, Ecuador, abril de 1992

EDITORIAL 3-5

COYUNTURA

✓ Felipe Burbano

LO QUE NOS MUESTRA LA CAMPAÑA ELECTORAL/7-11

✓ TEMA CENTRAL

PRIVATIZACIONES/13

✓ Alberto Acosta

RIESGOS Y ALCANCES DE UNA NOVELERIA/15-34

Gonzalo Maldonado

ESTADO Y EMPRESAS ESTATALES: EL FENOMENO DEL PASAJERO

CLANDESTINO/35-50

✓ Jorge Gallardo

LAS PRIVATIZACIONES DE LAS EMPRESAS PUBLICAS/51-56

Francisco Rosales Ramos

PRIVATIZACIONES/57-62

Wolfgang Schmidt

PRIVATIZACION O DESCENTRALIZACION SOCIAL/63-69

Maritza Valderrama

LA EDUCACION Y LA PRIVATIZACION/71-78

LIBROS 79-81

ANALISIS

Agustín Cueva

AMERICA LATINA: EL NEOLIBERALISMO SIN ROSTRO HUMANO/83-89

Daniel Gutierrez Cueva

EL MONOLOGO DEL DESARROLLO ACERCA DE LA POBREZA/91-107

DEBATE AGRARIO

Jaime Borja Torres

LA EMPRESA LECHERA DE LA SIERRA NORTE/109-131

CRITICA BIBLIOGRAFICA

José Sanchez Parga

UN DEBATE POR DEBATIR: LA MODERNIDAD/133-138

LO QUE NOS MUESTRA LA CAMPAÑA ELECTORAL

Felipe Burbano

La estabilidad política requiere una derecha comprometida con la democracia. Esto exige un cambio de actitud de las otras fuerzas ante la derecha.

Si a finales del año pasado se perfilaba una escena electoral dominada por una ola de "sixtomanía", reflejada en la inmensa y sorpresiva popularidad alcanzada por Sixto Durán Ballén, la actual escena electoral va más allá, y puede ser caracterizada, en cambio, por una suerte de "derechomanía".

Sería exacto lo anterior si no se tratara mas que, como todo hace pensar, de un simple fervor coyuntural; pero no, vivimos más bien la manifestación de un pro-

fundo cambio registrado en el escenario político ecuatoriano. Dos hechos evidencian lo afirmado: el debilitamiento de la fuerza electoral del populismo y el desenfoque del centro izquierda. El primero, por un abuso de su propia retórica y de sus recursos políticos; el segundo, por el ejercicio del poder -para decirlo de manera eufemística- pero también, y sobre todo, por el extravío ideológico que sufre actualmente. Se completa el escenario con la inquietante y vigorosa presencia de dos candidaturas de la derecha, cuya mayor

habilidad, por el momento, ha sido crearle la ilusión al país de que entre Nebot y Durán Ballén existen diferencias de forma y contenido, y que el Ecuador, si ellos pasaran a la segunda vuelta electoral, estaría frente a dos opciones diferentes.

EL JUEGO DE LA ID

En el juego de la política, lo real y lo ilusorio suelen confundirse, no hay líneas demarcatorias claras y los mismos actores políticos se encargan de crear esa confusión. Se dice, siguiendo esta reflexión, que el mayor error estratégico de la Izquierda Democrática en la presente campaña electoral, ha sido demorar mucho sus críticas a Sixto Durán Ballén, el candidato más vulnerable de la derecha, y haber perdido demasiado tiempo atacando a Nebot. Error, porque es difícil que un ataque socialdemócrata al nebotsismo pudiera restarle votos -éste tiene adhesiones muy definidas- y porque el socialcristiano tiene en el gobierno un fácil blanco para las críticas. Por qué atacar a Baca, que no se presenta como un candidato de peligro, si puedo crecer alimentando la imagen de opositor, de alternativa al "desgobierno" borjista, parece la reflexión socialcristiana. Pero el error nace de una ambigüedad. El gobierno tenía al inicio de la campaña dos prioridades: la primera, que gane Baca; la segunda, que no gane Nebot. A estas alturas del proceso electoral resulta claro que la segunda prioridad se ha convertido en la primera, pese a los tardíos ataques naranjas a Sixto Durán

Ballén. De esta manera, el gobierno y la Izquierda Democrática -el partido de centro izquierda más organizado, como se dice- han reforzado y contribuido, a su manera, al fortalecimiento de la derecha, al crear la idea de que ellos son opción solo frente a una de esas dos candidaturas -la de Nebot- y tienen poco qué ofrecer frente a la otra. Entre el gobierno y Sixto hay, pues, una curiosa línea de continuidad.

UN DISCURSO SOLO DE IMAGENES

Pero la derechización de la política se ve no sólo en el hecho de que Nebot y Durán Ballén sean los más opcionados, sino en el mismo discurso electoral. Salvo Abdalá Bucaram, que identifica claramente su candidatura como la de los pobres, los mensajes de los otros candidatos no tienen destinatarios definidos. Vivimos un cambio del discurso: las imágenes reemplazan a los actores sociales como elementos articuladores del lenguaje político. Se disuelven las clases, las diferencias y en su lugar surgen mensajes. "Vamos al cambio ¡ya!", compite con "Un presidente confiable para el Ecuador" (el hombre de la "experiencia, honradez y trabajo") y con el "Hablemos claro".

Alguien podría decir que no hay nada nuevo en todo esto, que las campañas electorales son siempre así. Sería cierto esto si las condiciones del país no habrían cambiado tan radicalmente en los últimos doce años: la continuidad democrática se ha dado paralelamente a un desencanto del pueblo frente a la política, a los

partidos y al mismo sistema institucional. Ese desencanto se traduce en un distanciamiento que repercute en el discurso: los candidatos ya no representan tendencias políticas definidas. Mucho más que sus posturas ideológicas, que significaban una toma de posición frente al pueblo, hoy importan su firmeza, su capacidad de trabajo, su ejecutividad, su pragmatismo. Por eso, Nebot puede ser tan contradictorio como para denunciar el terrorismo económico de Dahik y al mismo tiempo prometer en cada intervención un gobierno de "mano dura", un Estado pequeño y fuerte, con dos ejes: orden y ley. Entre uno y otro no hay diferencias. Nebot pretende que las haya, pero su propio lenguaje político lo traiciona.

DE PUERTA EN PUERTA

En la presente campaña electoral la política ha dejado las plazas. Ya no se organizan concentraciones. Hoy se hacen campañas puerta a puerta. La vinculación de los políticos con el pueblo y sus problemas se da solo en los spots publicitarios que muestran a Nebot con el agua hasta la cintura y a León Febres Cordero chapoteando en el lodo como en los mejores tiempos de su infancia. En otros casos, la vinculación está mediatizada por el saber y el pragmatismo. Sixto aparece siempre como el profesional, el tecnócrata, que muestra sus obras -prueba irrefutable de su ejecutividad- y ofrece imágenes frente a los planos, nuevos mapas políticos de la eficiencia y el profesionalismo. Hoy los candidatos no se preocupan mucho

de presentar sus planes sino de demostrar que están habilitados para gobernar.

Las imágenes son más de la Izquierda Democrática, que intenta despertar un sentimiento de adhesión al partido, no apela al militante sino al miembro de familia, con una música entre cándida y cursi que aparece más un villancico. No es que el mensaje cada vez se vuelva más subliminal, sutil. Al contrario, se ha vuelto temeroso. Los símbolos de ayer no son los mismos de ahora: hacer un llamado militante para reactualizar la vigencia del partido puede ser contraproducente. No se hacen menciones al programa del partido, a su propuesta de cambio, a su ideología progresista. Se avoca un difuso sentimentalismo -con base en la familia, en el barrio y en la clase media- como nuevo soporte de la acción partidaria. Más que un llamado a seguir en el Estado, en el poder, a no dejarse desplazar por la derecha, el spot socialdemócrata es la invitación a una jornada cívica (lo mismo que hace León Febres Cordero cuando justifica su candidatura a la alcaldía de Guayaquil).

En eso Abdalá Bucaram sigue siendo una excepción incoherente. Para él la política está en los mercados, en las plazas. De allí extrae los motivos de su discurso. Tiene la virtud de conferirle un espacio al pueblo, de reconocerlo en las concentraciones. Excluido por la prensa, la institucionalidad y condenado por sus errores, Bucaram se vuelve cada vez más marginal, en un sentido: no puede ya movilizar políticamente esa marginali-

dad a las instituciones, para cuestionarlas y denunciarlas. En una palabra: se ha vuelto inofensivo.

NUEVOS CONFLICTOS

La política está hecha de percepciones, interpretaciones, en una dinámica conflictiva, abierta, variable, relativa. Cada cierto tiempo nos preguntamos qué significa hacer política. En este círculo, los dirigentes interpretan la percepción de la política en el pueblo, reajustan su discurso y lo ponen nuevamente en escena. Esa puesta en escena hace también a los actores, los crea, los redefine. En un permanente juego de hacerse mutuamente.

Este cambio de contenidos en la política, y que empezamos a ver en la presente campaña, también trae un desplazamiento de las conflictividades. Los conflictos entre las clases, por propuestas alternativas, contrapuestas, están desplazados por una pugna entre el Estado, encarnación hoy del mal, "ogro filantrópico", y la sociedad, entendida como un genérico. En la actual política, la sociedad se enfrenta al Estado.

En el debate, sin embargo, la tensión Estado-sociedad se resuelve por el lado de la derecha. Detrás de la impugnación a un orden impuesto por el Estado, aparece el rostro de la eficiencia privada, el mercado y el anonimato -la abstracción- de sus fuerzas y leyes, su racionalidad formal. Hay en esa crítica un intento por disolver a la sociedad, a sus conflictos, a

sus desigualdades, a sus miserias y a sus riquezas, en la abstracción de la racionalidad mercantil. Allí se combinan perfectamente los contenidos y mensajes de la presente campaña electoral con el proceso que ocurre en la sociedad: las imágenes electorales se corresponden con un Estado sin sociedad, y con un mercado que requiere solo gerente enérgico. Un Estado sin actores sociales, solo con consumidores y productores. Un Estado que no tolera los conflictos, que no los reconoce, que no entiende su productividad política, que los concibe como generadores de caos, como desorden, como anarquía. Las democracias restringidas (Agustín Cueva) son aquellas en las cuales la política ha sido disuelta junto con la sociedad y hay, pues, una casi plena correspondencia entre Estado y mercado.

Frente al planteamiento de la derecha, las fuerzas progresistas -para llamarlas en términos amplios- solo plantean diferencias de matices: suavizan la crítica al Estado y dudan en hacer de la empresa privada la panacea de la eficiencia. No denuncian al Estado allí donde hay que denunciarlo: en su centralismo, en su burocratización -que cosifica la vida- en su corrupción; no tienen, en consecuencia, una propuesta de cambio real a la situación presente. Por eso mismo, o son desplazados por la derecha o se confunden con ella. Las reivindicaciones de la sociedad ante el Estado son transformadas por la derecha en reivindicaciones empresariales, del capital, del mercado; de la eficacia contra la inoperancia. Simbólicamente hay que escoger entre la

vida -que está en lo privado- y la muerte -que está en lo burocrático.

¿ENSEÑA LA DEMOCRACIA?

Al inicio de la campaña electoral, Nebot apareció con una nueva imagen: en lugar del político iracundo, gritón, calenturiento, apareció un candidato tolerante, moderado, apacible, agradable. Fue tan sorprendente el cambio que sus adversarios, en especial la ID, presentó la transformación como obra del maquillaje publicitario, como un recurso de imagen solo para la campaña. Para entonces había un mayor optimismo y una cierta ingenuidad. ¿Aquél cambio de imagen era solamente un recurso de campaña -como sostenían casi todos- o acaso Nebot, forzado por las circunstancias, reconocía la necesidad de un cambio de actitud? ¿La derecha reconocía que sin un cambio de comportamiento político su espacio estaría debilitado? Algunos hechos habrían podido inducir ese cambio. La popularidad de Durán Ballén planteaba claramente la necesidad de una derecha tolerante, más democrática. El tema podía tener incluso un alcance mayor: si hoy las circunstancias no son las mismas que hace ocho años -hoy ya se los conoce-, si se ha acentuado y extendido un debate para reafirmar la democracia -en sus valores y virtudes- y si hay un clamor general por pacificar la política, la derecha en su conjunto no puede escapar a ese proceso, no puede colocarse fuera si no a riesgo de excluirse (¿acaso ese pensamiento pasó por la mente nebotsista?). En este contexto, la nueva imagen de

Nebot, más que un simple retoque, produce un cambio de la cultura política. Y se vale, para ello, de un poderoso arsenal: la opinión pública.

Pero conforme se ha desarrollado la campaña, esta reflexión es más una propuesta de trabajo para el futuro que la constatación de un hecho. Al contrario, el afán de control y dominio total que caracterizan al grupo nebotsista -una obsesiva vocación de poder- lo inhabilitan para la democracia. La arremetida contra Sixto Durán Ballén muestra que ni siquiera es posible un pacto de caballeros entre la misma derecha.

Qué se puede esperar? La estabilidad política requiere una derecha comprometida con la democracia. Esto supone no solo su adhesión a principios democráticos básicos -la tolerancia, el pluralismo, la institucionalidad- sino un cambio de actitud de las otras fuerzas frente a la derecha. Habrá que conferir valor y validez a sus acciones, a sus propuestas, a sus tesis, con el fin de comprometerla en la gestión democrática de la sociedad. Por mucho tiempo hubo una especie de exclusivismo que se contra-pone con el pluralismo, con la posibilidad de una coexistencia democrática. Habría que convertirla a esta campaña, pues en un punto de ruptura, en un momento de viraje político: utilizarla para reconocer a todas las fuerzas como "actores comunes" de un proceso conjunto de "legitimación democrática". La campaña sirve para medir fuerzas, pero también para reconocer y abrir espacios políticos.